

*y, en vez de consagrarse a su marido,  
su pérfida conducta denigrante  
lo traiciona, lo sume en el olvido  
y se abandona en brazos de su amante.*

*La ingrata se dejó  
seducir por Egisto, su pariente,  
y su audacia llevó  
hasta vivir con él públicamente.*

*El rey Agamenón pudo adquirir  
noticias de estos hechos detestables  
y prometió inferir.  
a su vuelta, castigo a los culpables...*

*Pero, esta lujuriosa concubina,  
tan infiel a su valiente esposo,  
ayudada de Egisto, ¡lo asesina  
al regresar a Grecia victorioso!..*

*Desde aquel homicidio vergonzoso  
tan vilmente acaecido  
al rey Agamenón, héroe y esposo,  
milenario es ya el tiempo transcurrido.*

*Premédite este caso la mujer  
que aún no esté pervertida.*

*Sin embargo, y a causa del placer...  
¡hay tantas Clitemnestras en la vida!..*

Rufino SAUL



CRONICAS de VALLE VERDE

## RIVALIDADES

**C**N aquellos benditos tiempos de mis crónicas aun no se había inventado el fútbol. O si estaba inventado—cosa que yo no se, ni tengo interés en averiguar—, en Valle Verde y su comarca era felizmente desconocido. Porque me rio yo de la guerra de Troya y del campo de Agramante si en tal época se llegan a interponer penaltis y puntos negativos en la vida de aquellos pueblos.

Pues ha de saberse que sin liga de ninguna clase—aunque sí mediase a veces alguna copa... de más—, andaban enfurruñados unos con otros como el perro y el gato, en perpetua rivalidad y poco menos que en pie de guerra.

Ahora, aquellas rivalidades entre los pueblos no pueden llegar a comprenderse del todo. Hoy estamos aquí y allí, cuando no en todas partes casi al mismo tiempo y sólo en el curso de un día. Corremos, volamos, podemos desayunarnos en Castilla, almorzar en Andalucía y dormir, si nos apetece, saltando un Continente, entre los mahometanos. Sin exagerar tanto la nota, todos nos movemos mucho más que antes y, cuando no, tenemos vehículos sutiles—vías de comunicación, radio, cine, prensa—, que favorecen el intercambio, propagan iguales cosas y van dejándolo todo a un mismo rasero.

No seré yo quien entre a comparar lo uno y lo otro, ni quien diga si es mejor esto o lo era aquello. Sólo pretendo destacar tales diferencias para que se tenga presente la distinta manera de vivir que cada sistema lleva consigo. En la actualidad todos somos uno, poco más o menos. Vestidos, costumbres, diversiones, maneras de hablar, se reproducen aquí y allí, copiados de los mismos patrones. Entonces cada comarca y cada pueblo estaban más limitados a si mismos; eran mundos cerrados, llenos de peculiaridades, de modismos típicos, de maneras de ser propias, casi autóctonas. Bastaba trasladarse de una a otra aldea, aunque estuviesen próximas, para reparar en tales diferencias. Y es que como se vivía menos a expensas de lo universal, cada núcleo acentuaba sus rasgos personales y le costaba más trabajo atemperarse a lo exótico.

Esto es lo que explica, a mi entender, las rivalidades que los pueblos mantenían entre si. Y cuanto más próximos, más enemigos, puesto que tenían más ocasiones de entrar en fricción. Las romerías, toros y

fiestas locales, con afluencia de gentes de otras villas, terminaban casi siempre, como el clásico rosario de la aurora, a farolazo limpio.

Ahora bien: Cuidado y no vaya a pensarse que en aquella época y en tales pueblos se vivía garrote en mano, bajo ley marcial y a porrazo y tentetieso o que para ir de un lugar a otro se necesitaba escolta protectora. Ni mucho menos. Por el contrario, la hospitalidad y el agasajo al forastero eran, más que un deber, un honor que todos se disputaban. Llegaba cualquiera a pueblo extraño y, por pocas referencias y amistades que tuviese, veíase colmado de atenciones y ya estaban dos o tres familias en competencia de títulos para recibirle por huésped. Hasta los viajeros de comercio, en cuanto reincidían un par de veces en la visita, tenían que alojarse en casa particular, pues el no hacerlo así hubiese sido tomado a desaire. De resultas, fondas y posadas hacían un malísimo negocio, ya que solo cómicos, quincalleros y otras especies así, muy fugitivas y de muy raro paso, se veían obligados a recurrir a ellas.

Porque la rivalidad mencionada era de tal naturaleza que tenía un carácter colectivo, pero no individual. Casi casi podría decirse que era una rivalidad abstracta, teorizante, polémica, de banderas, con la que Fulano, de Valle Verde y Mengano, de Valle Nuevo, no tenían nada que ver personalmente. Sin embargo, mentar a Valle Nuevo en Valle Verde o a Valle Verde en Valle Nuevo era siempre ocasión de pitorreo, chiste, rechifla y jolgorio a caño suelto. Habría para escribir un tomo con las cosas que contaban unos de otros, otros de uno y cada cual de todos.

Por supuesto, lo que éstos achacaban a aquéllos, aquellos se lo enjaretaban a éstos y con tanta versión y retuque todos venían a quedar pringados de lo mismo. A ver de donde no se saca un botón de muestra y un grano para inventar granero. Y lo dejo así advertido, no me salga luego algún puntilloso rectificándome que lo que yo endilgué a los suyos tendría que imputárselo a los nuestros. Cada palo aguante su vela, Dios con todos y que nadie se de por aludido.

Y allá van, por lo que valgan, unas muestras de aquellas apreciaciones, que cada uno hará bien en tomarse a beneficio de inventario, puesto que no merecen otra cosa.

\*\*\*

«En la Jardilla—receta y letrilla—, dotor y golilla». En la Jardilla estaba la cabeza de partido y, como secuelas, el Juzgado, el Registro, la Notaría. Había también en la Jardilla un dispensario de paludismo. Por lo tanto, allí todos eran abogados y médicos. El que fuese a La Jardilla, si era precavido y discreto, debía estarse, durante todo el tiempo que permaneciese en el pueblo, con la boca bien abierta y la lengua fuera; con lo cual se ahorraría un trabajo y conjugaría un peligro. La economía de esfuerzo consistía en no tener que andar sacando la lengua a cada jardillano que se topase, el cual, como médico que casi seguro sería, no pasaría de largo sin catarle la salud. Y la previsión contra el riesgo era que llevando la boca bien abierta no se podía ha-

blar, único medio de que no le entrampillase a uno por la palabra toda la tropa de leguleyos y picapleitos que allí habitaban—cuantos no eran médicos—, dispuestos a empapelar al sursum corda que se les viniese a tiro.

El Canchal era la patria de los pelliqueros, de los viajeros de pimentón, de los tratantes de ganado, de los sacadores de huevos y frutos. Pueblo, por lo tanto, de gente trashumante, movediza y despegada, muy hecha al negocio y al toma y daca y poco amiga de gastarse los cuartos en convidar al visitante. Según experiencias hechas, cuando un forastero se encuentra en la plaza al tocar a mediodía, los canchaleños le preguntan.

—¿Qué, has comido ya?

—Pues sí—responde, por ejemplo, el forastero—ya he comido.

—¡Pero, hombre!—se lamentan entonces los canchaleños—¡Si había dicho yo en mi casa que contasen contigo para comer!

Ahora bien: Puede también ocurrir que el forastero responda:

—No, todavía no he comido.

Ante lo cual, los canchaleños comentarán:

—Pues ya va siendo hora.

Y darán media vuelta, tan tranquilos, dejando al forastero, más solo que la una, en medio de la plaza.

Los de la Talaruela—y aquí la mosca pica más fuerte en Valle Verde, puesto que trata de pueblos colindantes—, son... Bueno, dejaremos incógnito el calificativo, si bien nada debe tener de deshonroso cuando los hombres que lo merecen han sido acogidos bajo el amparo de una bienaventuranza.

Una vez—contaban en Valle Verde—, salió un muchacho listo en La Talaruela y su padre le envió a estudiar a Madrid. Refieren las crónicas del caso que durante los años que duraron tales estudios no había quien sufriese a los talaruelinos, porque en cuanto se echaban a la cara a alguien que no fuese de los suyos, le espetaban: —¡Jea... pa que aprendáis en tu pueblo...! ¡En Talaruela tenemos un estudiante... y bien listo!

En fin—siguen contando en Valle Verde—, pasó el tiempo y el estudiante volvió, con todos sus títulos y licencias en regla. ¡Y poco ufanos que estaban con él! Cada mañana el pueblo entero desfilaba por su casa—a ver si se les pegaba algo, dicen en Valle Verde—y el Ayuntamiento quería sacarle en procesión por toda la comarca para refregárselo por los hocicos al universo entero. Tal propósito, sin embargo, no pudo cumplirse porque bien sabido es que los sabios no están para poco, ni se cuidan de vanidades mundanales. Y así acontecía con el sabio de La Talaruela. Desde que regresó pasábase los días encerrado en su casa, frente a un horno para amasar pan que su padre había hecho construir en un pequeño cobertizo del corral. Metro en mano y papel y lápiz en ristre, media la estrecha puerta del cobertizo, media el horno, registraba los números, se despepitaba luego sobre el papel en operaciones y más operaciones, tornaba a medir y apuntar.

El vecindario entero—que, como se ha dicho, acudía a diario a su casa sin faltar uno—, le contemplaba con silenciosa admiración, sin

atreverse apenas a respirar en su presencia, temeroso de perturbar los intrincados cálculos a que su sabio se hallaba entregado. «De aquí va a salir algo grande..., pero que mu grande...»—se decían unos a otros.

Pasó una semana sin que el prodigio levantase cabeza. Y eran tales el pasmo y anhelo que reinaban en La Talaruela, que nadie pegaba ojo por la noche, pensando en el asombroso descubrimiento que de un momento a otro les sería anunciado por su sabio, para estupor del mundo. Y que iba a ocurrir precisamente allí, en su pueblo, y gracias al talento de uno de sus hijos. ¡Jem! ¡A ver después, quién se atrevía a toserles! En esta tesitura el Ayuntamiento nombró una comisión que, acompañada del padre del aprovechado mancebo, se decidió a interpelar a éste, para obtener, al menos, un atisbo de la maravilla que se traía entre manos.

—Hijo... ¿No podrias decirnos a nosotros..., a tu padre y al señor Alcalde y concejales aquí presentes... algo..., vamos..., algo que podamos entender sobre lo que estás haciendo?

El portento, con un imperioso ademán, reclamó silencio a su progenitor. Luego garabateó, con movimientos acelerados y nerviosos, una ristra de guarismos sobre el papel. Daba la impresión de estar llegando, en tal momento preciso, al ¡eureka! definitivo. El padre y los municipales, ni a resollar se atrevían. Finalmente, el monstruo de ciencia remató su labor ingente, si bien no con el grito de triunfo que se esperaba, sino con un gesto de abatimiento, acompañado de estas palabras:

—¡Nada..., que no me sale...!

Lo que no quiere decir que se diese por vencido, puesto que, metro en mano, se dispuso a comprobar medidas una vez más, para coger de nuevo la cosa desde el principio.

—¿Y qué es lo que no te sale, hijo? —se atrevió a preguntar el padre—. ¿No podrias declararte algo más?

Se avino aquel fénix de la sabiduría a parar su atención en el grupo de profanos. Tenía el ceño contraído y el aire ausente.

—He de averiguarlo —declaró, con esa determinación y fortaleza de que suelen hacer gala los que se tratan tú por tú con la verdad—. ¡Lo tengo que sacar por cálculo!

—¿Pero el qué, hijo mío? ¿Qué es lo que tienes que averiguar?

—¿Y qué va a ser, padre? El procedimiento mediante el cual ha podido meterse este horno tan grande por esta puerta tan chica.

Las crónicas locales no dan más noticias sobre los personajes del caso o fábula, que por tal la tengo. Pero en Valle Verde al tonto del pueblo le llaman siempre «El sabio de La Talaruela». Por supuesto, que tampoco los de Talaruela se quedan cortos cuando se trata de aplicar la recíproca.

A los de Caminal, sin mayores acentuaciones, se les motejaba de simples y cuitados. Gente que para animarte, por ejemplo, a aceptar un obsequio, te decían:

—¿No quieres unos jiguillos, hombre? ¡Anda, hombre, cógelos... si no mos los ibamos a comer nosotros, que los tenemos pa el cochino!

También había lo suyo para los de Madrigales. Madrigales era un pueblo con muy poca jurisdicción, que dependía por entero de los

huertos de Los Vinculos, en la margen del río: Tierra suelta y pedregosa, de mucho trabajo y menguados esquilmos. La cosa, por lo tanto, andaba allí bastante estrecha y había inviernos y primaveras que los madrigaleños tiraban bocados al aire, a falta de nada mejor con que entretener el diente. Si en una de estas épocas se coincidía en un camino con un hombre de Madrigales y se le preguntaba:

—¿De dónde es el amigo?

El madrigaleño, comedido y respetuoso, respondía:

—De Los Madrigales, para servir a Dios y usted, si tiene algo que mandarme.

Luego llegaba el verano y la cosecha, mejor o peor, pero que a los madrigaleños, después de tanto apretarse el cinto, les parecía siempre óptima. Los pobretes, con la perspectiva de comer una temporada, levantaban el ánimo, pensaban que aquello no se iba a acabar nunca y se creían ya los reyes del mundo. Entonces, el consabido encuentro, con su pregunta y su respuesta, se desarrollaba de esta manera:

—¿De dónde es el amigo?

Y el madrigaleño, engallado y vivaz.

—De Los Madrigales, ¿te echas un luche?

¿Pues y los de Pueblanueva, que de finodos que eran llamaban a su pueblo Pueblanuévada? ¿Y los Garganteños —brutos como leños— que bajaban de la sierra con carbón? ¿Y los de Jardices —que tienen los ojos en las narices— porque, de puro infatuados llevan siempre el cogote tan echado hacia atrás que parece que miran con las fosas nasales? ¿Y los de Chacos—cachirulos y retacos—, donde los hombres son tan chicos que tienen que subirse a un poyo para esquilmar las ovejas? Para todos había...

\*\*\*

Pero cuando las campanas de Valle Verde repicaban más alto y en gordo era tratándose de Valle Nuevo. Su ruido sólo podía compararse al que armaban las de Valle Nuevo cantando por Valle Verde. Los dos pueblos estaban en continuo contacto; por muchos puntos sus jurisdicciones se entrecruzaban. Valle Verde no tenía boticario y se servía del de Valle Nuevo; Valle Nuevo no tenía veterinario y usaba al de Valle Verde. Otras veces eran el médico, o el cura, o la guardia civil los que tenían que prestar servicio a las dos localidades. Santa Ana en Valle Nuevo o la Virgen de Agosto y San Blas en Valle Verde eran sólo medias fiestas si el otro pueblo no se descolgaba a ellas. Cada año se celebraban varios matrimonios de mozas de Valle Verde con mozos de Valle Nuevo y viceversa; por lo tanto, las familias estaban tan entrelazadas como las fincas y en Valle Nuevo vivía un golpe de valleverdanos parigual al de vallenueveños que vivían en Valle Verde: es decir, que el cruce venía a ser mitad por mitad. Yo mismo, por ejemplo, llevo por padre y madre sangre de unos y otros y lo mismo me parecía estar en mi casa en Valle Nuevo que en Valle Verde.

Pues bien: A pesar de tantas vinculaciones, todos se volvían tiquismiquis, dimes y diretes y quitame allá esas pajas. Condenaban los de

Valle Verde a los de Valle Nuevo por huraños, revesinos, cicateros, desconfiados, orgullosos, miserables y amigos de pimplar. «Vallenuenos, lechuzos—, agarraos, borrachuzos—, atravesaos, alcuzos.,» Correspondían los de Valle Nuevo motejando a sus vecinos de cómicos, pantomimeros, aparatosos, fanfarrones, muy dados al farol y a la palabrería, aunque estuviesen comidos de trampas y luego lo dicho se lo llevase el aire. Les acusaban también de viciosos por el juego y de ser un tanto fulleros y trapalones con las cartas en la mano.

—Unos gastosos, señoritos de chicha y nabo que to se lo echan en figurar—sentenciaban en Valle Nuevo.

—Unos usureros mueltos de hambre pol no sacal una perra—replacaban en Valle Verde.

Como se ve, de boquilla no se quedaban cortos ni unos ni otros.

El primer motivo de mutua chacota era la manera de hablar de cada uno de ellos, Pues, a pesar de la proximidad y de la estrecha convivencia, es cierto que su pronunciación y su tonillo no podían ser más diferentes. En Valle Nuevo aguzaban las palabras, cerraban las sílabas, farfullaban comiéndose las letras, juntando unos vocablos con otros. «¿Perivestel jombri lucájechu?». («¿Pero usted ve al hombre, lo que ha hecho?»).

Según los valleverdanos esta afilada manera de expresarse era testimonio de su natural esquivo y de su proverbial mezquindad. «Como aplicosillos, lo son. ¡Si por guardar, hasta las letras las sueltan por lo menuo y como puedan se las zامpan!»

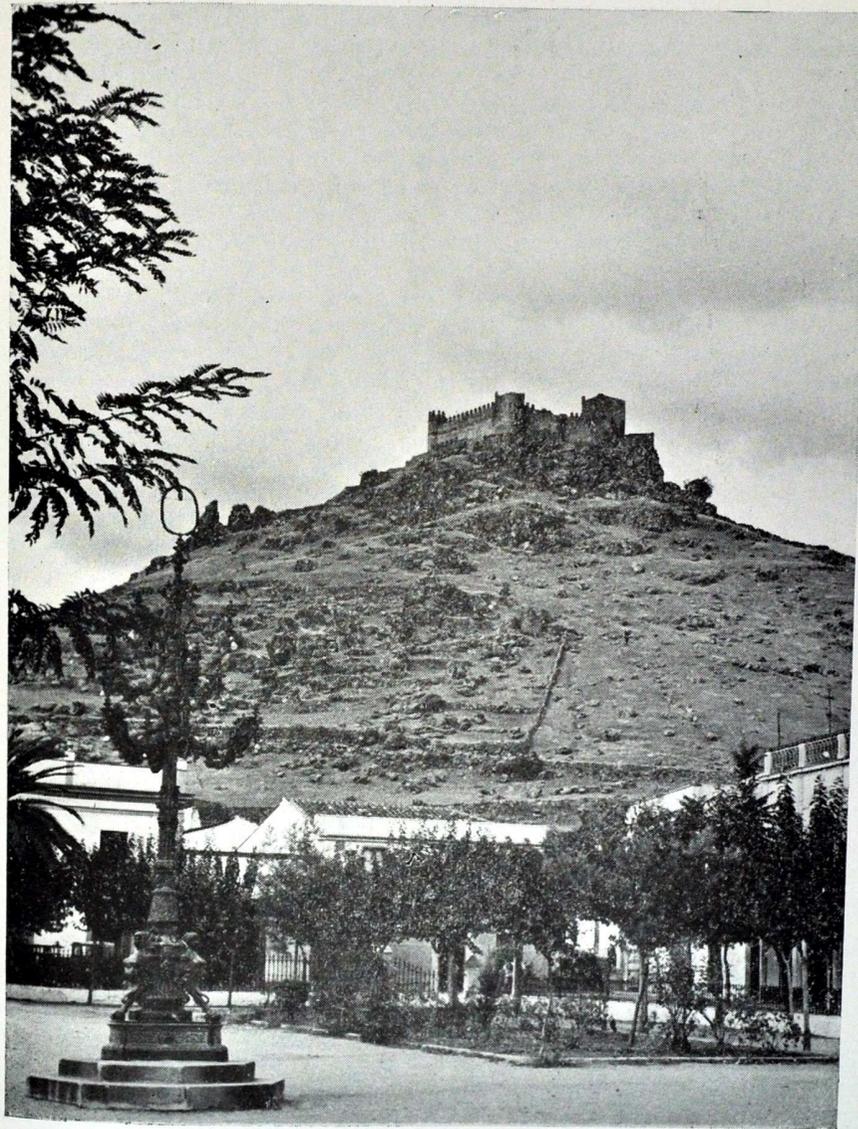
En Valle Verde las frases eran abiertas, bien cargadas en los agudos, con soniquete que se recreaba sobre las blandas eles entre floritura y mimo, repitiendo con énfasis un período para dar más colorido al dicho, interpolando palabras sueltas y epítetos de carácter meramente decorativo: «Chacho, ¿y nos mo lo vas a trael cuando vengas, hijo, no mos lo vas a trael?»

Todo lo cual, interpretado en Valle Nuevo, revelaba ostentación presuntuosa, dispendio, infulas y empachosería. Y cantaban esta copla, dedicada a sus vecinos:

—Castillo de Valle Verde:  
te estás cayendo de risa  
de ver a los de tu pueblo  
con corbata y sin camisa.

—Una vez—contabau los de Valle Verde—el Gobernador de la Proviucia fué a Valle Nuevo, pero no pudo resolver el asunto que le llevaba allí porque todo el mundo estaba borracho. Cuando salía el Gobernador del pueblo, en el estado de ánimo que puede suponerse, vió a un hombre sentado en la Corona, solo, triste... y en seco, a juzgar por las apariencias.

«—¡Hombre!—dijo el Gobernador—, al menos podré decir que hay una persona decente en este pueblo! Porque usted, o yo mucho me equivoco, o no está borracho.



ALBUM EXTREMEÑO. —Badajoz: Burguillos del Cerro, (Foto Olivenza).

«—No, señor—respondió el hombre.

«—Y, dígame: «Es que no le gusta el vino?»

«—Si qui mi gusta—rectificó el otro, soltando las palabras entre dientes—Y muchu...

«—Entonces... ¿Es que es usted pobre y no puede pagarse el gusto?

«El vallengueño miró torcidamente al Gobernador.

«El pobri lo serasté, que yo tengo lo miu.

«Pues si es usted rico y le gusta el vino, ¿por qué no está borracho como los demás?»

«—Porqui no encuentru quien me pagui un vasu y si me lo pagu yo, ¿que gustu voy a sacali?»

Historia a la que en Valle Nuevo, se correspondía con esta otra:

—En cierta ocasión, el Gobernador de la Provincia tuvo que ir a Valle Verde, pero se encontró que todo el mundo estaba jugando al julepe y nadie podía atenderle. Se iba ya el Gobernador, echando chispas, cuando vió a un hombre con cara de aburrido, tomando el sol en el Lejio.

«—¡Hombre—dijo el Gobernador—, menos mal que encuentro en este pueblo una persona como es debido! Lo digo porque usted no juega a las cartas.

«—No señol—respondió el hombre.

«—Y, oiga una cosa: ¿A usted no le gusta el juego?»

«—Como gustalme, si señol, que me gusta, vaya que si me gusta.

«—Entonces... ¿Es que es usted pobre y no tiene dinero para jugar?»

«El Valleverdano puso los brazos en jarras y miró con jactancia al Gobernador.

«—En este pueblo, señol Gobelnadol, el que menos, sólo en ganao tiene pa envolvel a tos los señores Gobelnadoles del papa mundi.

«—Pues si es usted rico y le gustan las cartas... ¿Por qué no está jugando como los demás?»

«—¡Ay, señol Gobelnadol! Porque nadie quiere jugar con la mi baraja, y si juego con otra que no me sea conocía, ¿qué divelsión voy a sacal del juego, señol Gobelnadol, si no estoy seguro de ganal?»

Y como se necesitaría resmas de papel para agotar el toma y daca, ahí va, ya de remate, la última por Valle Verde:

Si usted está en cualquier pueblo de la comarca y piensa ir a Valle Verde, le recomendarán que se fije en un sillar que, a la altura de la cadera de un hombre, hay en el esquinazo del comercio de tío Isaías, entrando desde la plaza hacia la calle de la Fuente.

—Apreciará usted—le advertirán— que esa losa está mucho más renegrída que las otras que forman pared con ella y que las demás del pueblo.

Y si usted trata de averiguar a qué se debe este particular oscurecimiento—o sin que trate de saber nada—, se apresurarán a explicárselo socarronamente:

—En Valle Verde—le dirán— la gente es su poquillo fantasiosa y como todo se lo echan en aparentar y de trabajar lo menos posible, y de hacer ahorros nada, pues bueno..., que andan siempre a la cuarta pregunta. Eso sí: Usted los ve los días de fiesta, de tiros largos y pare-

cen todos marqueses, con su chaqueta y su corbata y su sombrero y su puro en la boca... Sobre todo el puro. A un valleverdano le deja usted sin puro en la fiesta y no sale de su casa, así sea la Virgen de Agosto. ¡A buena hora le van a ver a él sin puro! No señor. Aunque no tenga donde caerse muerto, el puro no le falta. Y si quiere usted comprobarlo, colóquese en la plaza un día de fiesta, bien tempranito. Los valleverdanos, vivan donde vivan, los días de fiesta desembocan todos en la plaza por la calle Real. Lo mismo podían hacerlo por la calle Nueva o por la de la Fuente o por otra cualquiera de las que salen a la plaza. Pero, no señor; vendrán por la calle Real porque como baja en cuesta se les ve aparecer desde arriba, engallados y hechos un brazo de mar, y así pueden pavonearse bien y que les admire la gente de la plaza. ¡Y menudo ringorrango que se traen cuando vienen bajando! Como si fuesen emperadores. Y apreciará usted que todos llevan su puro en la boca; y verá usted también que al llegar al comedio de la calle se paran, alardean con su puro sacando mucho los brazos, le arriman una cerilla y lo encienden. Tras lo cual, continuarán su camino expeliendo bocanadas de humo, como si fuesen echando flores al propio paso.

«¿Ha visto usted bien el detalle? ¿Ha registrado ya el encare y el contoneo y el «aquí estoy yo» con que todos hacen su entrada triunfal? Pues véngase ahora unos pasos más acá y observe con disimulo cómo, después de exhibirse un poco en la plaza, van saliendo todos hacia la calle de la Fuente, por la esquina donde está el comercio de tío Isaias. Fíjese, fíjese: ¿No ve usted que a pesar de ser la calle anchurosa todos se arriman al muro y se paran un momento contra él, apenas rodeada la esquina? Pues eso es que están apagando el puro contra la piedra. Sí, señor, apagándolo para guardarlo y sacarlo en la próxima fiesta. Porque la fachenda es mucha, pero los posibles son pocos, y gracias que den para un puro al año. Ahí tiene usted el porqué se ha puesto tan negra esa losa: de restregar puros contra ella.

\* \* \*

Y aquí se acaba el apócrifo anecdótico de aquellas rivalidades. Entre amigos, digo yo, bien puede gastarse alguna broma y seguro estoy de que no habrá ninguna «parte interesada» de que pueda tomar esto de otra manera.

ANTONIO PEREZ SANCHEZ

Es hondo este silencio,  
que nos envuelve con su manto oscuro  
y nos habla en lenguaje misterioso  
un anticipo de la eterna noche.

Es hondo este silencio,  
que en sus brazos abraza mi congoja,  
—angustiosa marea sin retorno  
del hondo pleamar del alma quieta—.

Es hondo este silencio...  
Me late en él la sangre de las venas  
con estruendo de ríos desbordados,  
y se oye el galopar del pensamiento,  
indómito corcel que se desboca.

Es hondo este silencio...  
que me puebla la noche de sonidos  
irreales, fantasmas de los sueños  
angustiados de vírgenes doncellas.

Es hondo este silencio...  
Hondo y oscuro, asfixiante, denso,  
náusea amarga que llega hasta los labios  
de un oscuro temor irrazonable.

Es hondo este silencio...  
Silencio palpitante de rumores,  
oscura soledad que me aprisiona  
el tembloroso corazón herido.

Es hondo este silencio...  
Tan hondo y tan callado, que ya oigo  
entre el sonoro estruendo de mi sangre,  
sobre el bullir del pensamiento mío,  
oigo, Señor, Tu voz que me reclama,  
Tu voz, Señor, que llena mi silencio.

Es hondo este silencio...

## TU VOZ, SEÑOR, EN MI SILENCIO

por

GERARDO G. CAMINO